

Javier Murcia Ortuño

Maestros y discípulos en la antigua Grecia



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *La Escuela de Atenas* (detalle), de Rafael. Museos Vaticano

© Album / Eric Vandeville / akg-images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Javier Murcia Ortuño, 2024

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-595-1

Depósito legal: M. 642-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prefacio
17	1. Quirón, el primer maestro
39	2. Poetas y maestros
89	3. Aprende de los buenos
125	4. Discípulos demasiado obedientes
161	5. La ciudad enseña al hombre
198	6. El cimiento de oro
265	7. La violencia del maestro
290	8. Cuando educa un extraño
335	9. Maestro de nadie
363	10. Un maestro de éxito
381	11. Platón y sus rivales
410	12. Atenas, la escuela de Grecia
479	Epílogo. De Grecia a Roma
515	Notas
545	Bibliografía
549	Índice de mapas e imágenes
551	Índice onomástico

*A mi hija Gisela,
que me ha enseñado tantas cosas*

Prefacio

Cuando los de Mitilene dominaban los mares, impusieron a los aliados que hacían defección que sus hijos no aprendiesen las letras y no se les enseñara música, pensando que ese era el más duro de todos los castigos: vivir faltos de música y de conocimientos. Esta noticia de Eliano (*Varia Historia*, 7.15) no debe ser histórica, pero nos permite hacernos una idea del alto concepto que tenían los griegos sobre la educación. De hecho, al leer las fuentes antiguas nos parece que los griegos antiguos prácticamente vivían obsesionados por ella. Eso se debe, dirá alguno, a que son textos literarios que pueden darnos una imagen muy parcial de la vida griega, pero nada más lejos de la realidad: el mismo entusiasmo educativo hallamos en los epitafios de los difuntos y en las pinturas de los vasos.

La fascinación de los griegos por el conocimiento fue una constante. En un principio los poetas enseñaron al pueblo, luego, los sabios. Esos sabios muchas veces eran raros y ex-

travagantes; estaban tan envanecidos de su sabiduría que se proclamaron inspirados por la divinidad y autodidactas (esta palabra ya aparece en la epopeya homérica). El filósofo Heráclito aseguró sencillamente que lo sabía todo y que no fue discípulo de nadie. Pero las ciudades, pequeñas o grandes, los animaban y los protegían a su modo. Supieron valorar esos intelectos, aunque pareciesen a veces improductivos para la sociedad. Finalmente, aparecieron los primeros educadores profesionales, los sofistas. Fue un largo proceso que estuvo caracterizado más por la continuidad y el respeto a la tradición que por la ruptura. Los propios sofistas se sentían parte de una larga tradición, aunque afirmaban, sin falsa modestia, que habían llegado para superarla.

Los griegos pensaban que no hay nada más refinado que educarse y poseer una elevada cultura. Los ricos, como es lógico, invirtieron más tiempo y dinero en su educación, pero también los ciudadanos pobres, dentro de sus posibilidades, intentaron dar a sus hijos la mejor educación posible. Las ciudades griegas nunca tuvieron una educación obligatoria para todos los ciudadanos, con la notable excepción de Esparta. Esta ciudad tan singular entendió la educación como un mecanismo perfecto para crear una sociedad igualitaria, de modo que ser espartano significaba simplemente haber recibido la educación del Estado. Que ese proceso fuese, sobre todo, de carácter militar, no le resta mérito a su gran innovación (que hoy día se ha asumido en todas partes sin discusión). Platón, que era un gran amante de las cosas espartanas, aceptó la idea para su república ideal. Desde entonces, todos los griegos comprendieron que haber pasado por una experiencia educativa similar era un fortísimo elemento de cohesión social.

Pero el control estatal de la educación que se ejercía en Esparta no dio frutos; la libertad que existía en las demás ciudades, sobre todo en la democrática Atenas, permitió la llegada de nuevas ideas y métodos. Aristóteles, que coincidió con su maestro Platón en la necesidad de hacer obligatoria la educación, tuvo que reconocer que no había consenso en qué se debía enseñar y de qué manera. La democracia ateniense nunca controló la educación y se movió, a veces de forma confusa, en una difícil dicotomía: formar buenos ciudadanos que respetasen las normas y desarrollar el pensamiento crítico. Pero, mientras se debatía eso, Atenas se llenó de escuelas como nunca se había visto y terminó por convertirse en la primera ciudad universitaria del mundo. Hacia el siglo *IV* se creó un sistema educativo que ha llegado casi sin cambios hasta la actualidad. Ese sistema, en el que seguimos educándonos, es el que nos permite considerarnos hombres de la civilización occidental, independientemente del lugar donde nos encontremos o la etnia a la que pertenezcamos. Como escribió el orador y maestro Isócrates:

Nuestra ciudad ha conseguido que se aplique el nombre de griegos no a la raza sino a la inteligencia, y que se llame griegos a los que participan de nuestra educación más que a los de nuestra misma sangre (*Contra los sofistas*, 50).

Los maestros tienen el más noble objetivo, hacer que existan después de ellos hombres insignes. Pero educar es una tarea larga y pesada que debía comenzar en la infancia. Ya decía Menandro: «Adiestra a los niños, pues no los adiestrarás de hombres». Las cosas materiales se adquieren con dinero, pero la educación solo se consigue con tiempo y dedicación.

Hoy se juzga el éxito del sistema educativo en términos económicos, algo que era irrelevante en la Antigüedad. Más que transmitir conocimientos para crear técnicos y profesionales, los griegos querían formar la personalidad. En ese sentido la relación entre maestro y alumno tenía un carácter especial. Era clave buscar un maestro de probada moralidad y buenas costumbres. Además, se establecía un vínculo de confianza y afecto que era lo que hacía posible la transmisión de las ideas. Por eso Jenofonte escribió con gran acierto: «No es posible recibir educación de un maestro que no agrade» (*Memorables*. 1.2.39). Siglos después, un romano refinado como Plinio el Joven lo expresó de forma más hermosa en una de sus cartas: «El mejor maestro es el amor». Y, sin embargo, era legendaria la severa disciplina que imponían los maestros de las primeras etapas. No dudaban en aplicar castigos corporales ante cualquier error o comportamiento inapropiado. El látigo y la vara (la famosa férula de los romanos) eran sus instrumentos educativos. Sirva de disculpa que la vida cotidiana en aquellos tiempos era así de dura en todos los órdenes.

Entre maestro y discípulo se establecía una relación dinámica de admiración (que implicaba imitación) y de rivalidad o competencia. El alumno deseaba superar al maestro; por ejemplo, el filósofo Crisipo disentía de sus maestros y decía que solo necesitaba los principios fundamentales y que él mismo hallaría las demostraciones; el médico Galeno escribió que ya de adolescente miraba por encima del hombro a sus maestros. Pero esto no solo pasaba con los alumnos especialmente brillantes.

Puede ser verdad que muchos alumnos son mejores que sus profesores, según el dicho que circulaba en la Antigüe-

dad, pero eso nunca ha atormentado a los buenos maestros. Solo en los mitos encontramos una historia donde el maestro está celoso de su alumno: Dédalo, conocido por su gran inventiva y astucia, había tomado como discípulo a su sobrino Talo (también llamado Pérdix). En cierta ocasión, paseando por el campo, Talo encontró la mandíbula de una serpiente y con ella serró un delgado tronco, inventando de ese modo la sierra. Dédalo quedó impresionado del talento de su discípulo y temeroso de que Talo le sobrepasase en ingenio, concibió la idea de eliminarlo. Subió con él a la Acrópolis de Atenas y una vez arriba lo despeñó.

En las páginas que siguen solo se encontrará la devoción (a veces excesiva) de los alumnos hacia los profesores que les habían enseñado, que les habían ofrecido con generosidad lo más valioso que existe, la educación (el único bien que poseemos realmente y que nadie nos puede arrebatar). No es extraño que el cínico Diógenes solo se tomase eso en serio; le gustaba repetir que la educación era sensatez para los jóvenes, consuelo para los viejos, riqueza para los pobres y adorno para los ricos.

El presente libro se dirige a todo tipo de lectores (pues todos hemos sido por lo menos discípulos y algo podemos entender de los procesos educativos que hemos experimentado o padecido). Los lectores más curiosos hallarán en la bibliografía manuales y monografías que de forma más sistemática y profunda han tratado esta cuestión. Solo se pretendía hacer un repaso de la educación en la Antigua Grecia para constatar la continuidad cultural que se ha producido desde tiempos de Homero hasta nuestros días. El mundo clásico no es una civilización pasada que estudian los filólogos, los historiadores y los arqueólogos. Sigue viva dentro

de nosotros. Y los profesores tenemos la obligación de transmitirla adecuadamente a las generaciones siguientes. Espero que este libro contribuya, de alguna manera, a tan fundamental misión.

Nota: Si no se indica lo contrario, todas las fechas mencionadas en el libro corresponden a antes de nuestra era.

1. Quirón, el primer maestro

*¿Educó a Aquiles Tetis o su padre?
Fue Quirón, para que no aprendiera los hábitos
de los hombres perversos.*

Eurípides, *Ifigenia en Áulide*, 709.

El término «centauro» no ha sido explicado nunca de forma convincente; su sentido original etimológico permanece oculto. Con este nombre se designaba a un tipo de seres de doble naturaleza, mitad hombre mitad caballo. Estos seres híbridos eran habituales en la mitología griega y casi todos estos monstruos acechaban y causaban la perdición de los hombres. Los centauros son seres salvajes y brutales que viven sin aceptar las normas de la civilización y habitan en cuevas en las zonas montañosas. En ese sentido son similares a los cíclopes, que «no tienen asambleas para el consejo, ni leyes, sino que habitan en las cimas de las altas montañas en profundas cuevas; cada uno se ocupa de sus esposas y de sus hijos y no se preocupan unos de otros»¹. Los centauros tenían otra característica más extraña que los acercaba a seres monstruosos únicos como Harpías y Sirenas: era una raza donde solo existía un género: el masculino².

Homero menciona a los centauros en su obra, pero nada nos dice sobre su nacimiento. Gracias a mitógrafos posteriores conocemos bien la forma peculiar en que la raza de los centauros nació. Ixión, hombre cruel y sanguinario, reinaba sobre los lapitas, en una región del norte de Tesalia, al pie de los montes Olimpo y Osa. Se había casado con Día y tenía un hijo que se llamaba Pirítoo. Para no tener que entregar los obsequios nupciales que le había prometido a su suegro, lo mató arrojándolo a un foso en llamas. No obstante, Zeus lo purificó de su crimen y lo aceptó en su presencia junto a los demás dioses. Llegó a tal grado de familiaridad que Zeus permitió a Ixión probar el néctar y la ambrosía de los dioses, alimentos que conferían la inmortalidad. Pero Ixión seguía lleno de maldad y no mostró mucha gratitud a su benefactor, puesto que realizó proposiciones deshonestas a Hera. La diosa se lo contó a su esposo Zeus, que tuvo la idea de crear una nube (Néfele) con la apariencia de Hera para ver si Ixión era capaz realmente de tal grado de ingratitud y maldad. Ixión se unió a esa nube, pensando que era la auténtica Hera, y por tal acción fue duramente castigado por Zeus: se le colocó en el Tártaro y fue encadenado a una rueda que giraba sin cesar. Como Ixión se había convertido en inmortal, tuvo que soportar para la eternidad ese castigo junto a otros condenados famosos como Tántalo, Sísifo, Titio y las Danaides.

Pero hubo otra consecuencia: la nube quedó preñada y se desplazó por el cielo. Llegó a Tesalia y chocó con el monte Pelión, macizo montañoso que se extiende desde el sur del monte Osa hasta la península de Magnesia. Allí dio a luz a un solo hijo, llamado Centauro. Este se unió con las yeguas de aquellos parajes agrestes y engendró la raza monstruosa

de los centauros, mitad hombres mitad caballos. En todo caso, esta nueva raza heredó la maldad y la bestialidad de Ixión, y por eso el poeta Ovidio los llamó «feroces hijos de la nube». Esta es la versión más antigua de su nacimiento, tal como la ha transmitido Píndaro en uno de sus poemas. Pero, como suele ser habitual en los relatos mitológicos, había otras variantes: en una de ellas la nube choca con el monte Pelión y alumbró a un buen número de seres que ya tenían esa forma mixta (pues se decía que la nube adoptó forma equina); en otra versión (que nos ha transmitido Diodoro) la nube al chocar con el monte da a luz seres con naturaleza humana (centauros) que fueron criados generosamente por las ninfas del Pelión, pero, al llegar a la madurez, su instinto animal les empujó a unirse a las yeguas de la zona y crearon así unas criaturas de doble naturaleza que se llamaron hipocentauros.

En la Antigüedad se intentó dar una explicación racional al mito: estos hombres llamados hipocentauros fueron los primeros en practicar la equitación, y su novedosa figura de jinete y montura forjó la leyenda de seres de doble naturaleza. No debe extrañarnos que este mito se localice en Tesalia, pues la región era una gran llanura con excelentes prados muy apropiados para la crianza de los caballos. Esta explicación del mito la mantiene Isidoro de Sevilla en su magna obra *Etimologías*:

Hay quien dice que se trataba de los caballeros tesalios que, como corrían por todas partes en la guerra, daban la impresión de un solo cuerpo formado por caballos y seres humanos³.

Quirón compartía con los centauros su doble naturaleza, con la parte superior de hombre y la inferior de caballo. Pero, salvo la apariencia exterior, no había más puntos comunes. Quirón era un ser inmortal, pues era hijo de Crono y de la oceánide Fílira (las oceánides son hijas del Océano y su hermana Tetis). Crono se metamorfoseó en caballo para unirse a ella, porque quería escapar al control de su celosa esposa, Rea. Esto es lo que explicaba su doble naturaleza. Además, Quirón era bueno, sabio y justo. En la *Iliada* se le llama «el más justo de los centauros» y Píndaro escribe en uno de sus poemas que «tenía una mente amistosa hacia los hombres». El nombre de Quirón está relacionado con el término griego *cheir* que significa ‘mano’, y tendría que ver con las habilidades manuales que llegó a poseer y que luego enseñó a sus discípulos.

Apolo y Ártemis instruyeron a Quirón en la caza, la música, la medicina y las artes proféticas. Luego Quirón se instaló con su madre Fílira en una cueva del monte Pelión, junto a un pequeño santuario dedicado a Zeus Akraios. Quirón se casó con Cariclo, una hija de Apolo con forma únicamente humana, pues así está siempre representada en los dibujos de la cerámica griega. El matrimonio tuvo descendencia; las fuentes, aunque de forma confusa, nos hablan de varias hijas: Endeis o Endeide, Melanipe y Ocírroe (que aprendió las artes de su padre y poseía, además, dotes proféticas); también conocemos la existencia de un hijo llamado Caristo.

Escuela de héroes

En esta cueva del monte Pelión, Quirón puso su escuela (la primera, aunque estemos en el mundo de la mitología). Le

ayudaban en su tarea su esposa y sus hijas, pues recibía a sus alumnos muy pequeños (a veces desde el mismo nacimiento) y para la crianza y desarrollo global eran fundamentales la presencia femenina y la vida familiar. Quirón se convirtió en un profesional de la educación (no un simple tutor o consejero). Su escuela estaba abierta a todos los hombres de Grecia sin distinción y enseñaba los más variados conocimientos (en esos tiempos un héroe necesitaba de esa amplia preparación), pero fundamentalmente se centraba en la caza, la guerra (tiro con arco y equitación), la música y la medicina. También, por supuesto, les inculcaba profundos preceptos morales. Podemos entender que esta escuela de Quirón es un reflejo de los antiquísimos sistemas de educación de la Edad de Bronce, que estaban relacionados con los ritos de paso que permitían pasar adecuadamente de la infancia a la edad adulta. Estos ritos siempre tenían elementos recurrentes como el alejamiento de la sociedad en un lugar salvaje (como sería la cueva del centauro en el monte) para regresar al grupo tras el aprendizaje.

Jenofonte, en su obra *Cinegético*, nos da una lista de 20 héroes míticos que fueron discípulos de Quirón; entre ellos destacan Céfalos, Asclepio, Melanión, Néstor, Anfiarao, Peleo, Telamón, Meleagro, Teseo, Hipólito, Palamedes, Menesteo, Ulises, Diomedes, Cástor, Pólux, Macaón, Podalirio, Antíloco, Eneas y Aquiles. Curiosamente deja de mencionar dos nombres destacados: Jasón y Acteón. Incluso algunos autores quisieron incluir en la lista de discípulos del centauro a Heracles, aunque es discutible, pues este héroe siempre destacó por su carácter rebelde para la educación y su ausencia de modales (como veremos más adelante).

La caza es un «invento de los dioses Apolo y Ártemis», escribe Jenofonte en su tratado titulado *Cinegético*. La palabra cinegético está formada por dos términos: *kynós*, ‘perro’, y *hegeomai*, ‘guiar’, pues los griegos siempre relacionaban la caza con el uso de perros adiestrados. Era una de las enseñanzas fundamentales de Quirón por lo que tenía como preparación para la guerra. También se pensaba que la caza despertaba las mejores cualidades en los hombres. Según Jenofonte, «los que estuvieron con Quirón siendo jóvenes comenzaron con la caza a aprender muchas nobles lecciones»⁴. Este autor consideró la caza como la pieza inicial del sistema educativo: «El que deja atrás la infancia es preciso que se dedique primero a la caza y luego a las demás enseñanzas»⁵. La caza permaneció como elemento fundamental de la enseñanza en la educación tradicional aristocrática, pero fue en Esparta donde se le dedicó especial atención y se convirtió en parte principal de la vida diaria.

Hubo un discípulo de Quirón que destacó sobre todo en este aspecto: Acteón, un héroe beocio que en la época clásica llegó a recibir veneración en las ciudades de Platea y Orcómeno. Acteón pasaba los días en los montes del Citerón cazando con su jauría de perros, hasta que se encontró en aquellos parajes con Ártemis, otra incansable cazadora. La diosa había terminado su jornada y junto a las ninfas que solían acompañarla se bañaba desnuda en un manantial de la montaña. La suerte hizo que Acteón llegara allí en ese momento con sus perros y viera a la diosa desnuda. Ártemis, muy irritada, convirtió a Acteón en un ciervo y enloqueció a los 50 perros que le seguían de modo que lo devoraron sin conocerlo. Dicen que a continuación los perros vagaron por los bosques buscando a su amo y llenaron el

monte con sus lastimeros aullidos. Finalmente llegaron a la cueva de Quirón, que se compadeció de ellos, y para calmar su dolor modeló una estatua que representaba a Acteón⁶.

En el arte de la medicina destacó otro de sus discípulos: Asclepio. Era el fruto de los amores de Apolo con Corónide, la hija de Flegias, rey de los lapitas. Apolo se enamoró de ella y consumaron su amor. Sin embargo, Corónide, temiendo que el dios se cansaría de ella más adelante cuando fuese vieja y fea, buscó el amor de un simple mortal llamado Isquis. Pero un cuervo que Apolo había dispuesto como vigilante descubrió esta infidelidad y se la contó al propio dios. Llevado por los celos tomó su arco y mató con sus flechas a su amada Corónide (en otras versiones, como la de Píndaro, Apolo le encarga a su hermana Ártemis la venganza: la diosa desata una epidemia en la ciudad en la que muere la muchacha; seguramente Píndaro quiere dejar en buen lugar a la divinidad y evita que Apolo se manche las manos de sangre). Al verla muerta, Apolo se arrepintió de su cólera; castigó primero al cuervo que le había dado tal noticia convirtiendo su plumaje blanco en negro; luego, colocó a Corónide sobre la pira funeraria y antes de prenderla le arrebató de su seno a la criatura que había concebido. Le puso de nombre Asclepio y se la confió a Quirón, que gracias a su esposa e hijas podía hacerse cargo del niño a esa edad tan temprana. El centauro, que fue admirado especialmente por sus conocimientos de medicina, le enseñó el arte de curar heridas y enfermedades. Y Asclepio se convirtió en su mejor discípulo. Píndaro escribe sobre la habilidad médica de Asclepio:

A todos los que vienen a él portadores de úlceras nacidas en su carne, heridos por el bronce reluciente en alguna parte o

por la piedra de la honda, maltratado su cuerpo por el ardor del estío o por el frío del invierno, los libra del mal, ya curándolos con suaves ensalmos, ya administrándoles pociones benéficas, ya aplicando a sus miembros toda clase de remedios⁷.

Como se puede ver, la habilidad médica que trasmite a su alumno tiene una mezcla de magia (los dulces ensalmos) y de conocimientos efectivos de las propiedades curativas de ciertas plantas (pociones benéficas). Pero Asclepio profundizó en sus estudios y fue un pionero en el campo de la cirugía. Se dice incluso que podía resucitar a los muertos. Esto se debía a que había obtenido de Atenea la sangre manada de las venas de la Medusa Gorgona (la sangre de las venas de la parte izquierda causaba daño, pero las de la parte derecha tenía el poder de sanar y resucitar a los muertos). Pero Zeus, temeroso de las consecuencias futuras de ese conocimiento, fulminó a Asclepio con su rayo. En otras versiones, Hades, alarmado por la alteración del orden natural de las cosas y la disminución de su poder (pues cada vez era menor el número de los muertos), solicitó de Zeus que lo fulminase. Los escritores griegos racionalistas como Diodoro, se muestran prudentes sobre la capacidad de resucitar a los muertos y la explican en el sentido de que Asclepio curó a muchos enfermos desahuciados, de modo que parecía que devolvía a la vida a hombres ya muertos. De todas formas, antes de su muerte, Asclepio pudo transmitir sus conocimientos a sus hijos Macaón y Podalirio, que también fueron expertos médicos. En la guerra de Troya actuaron como médicos oficiales de la expedición griega.

En el mundo griego Asclepio se convirtió en una divinidad que recibió culto, sobre todo en el santuario de Epi-

dauro, donde funcionaba una institución médica, aunque sus prácticas eran fundamentalmente mágicas.

Si algún discípulo pasó más tiempo en la casa-escuela de Quirón fue Jasón. Su madre lo había confiado al centauro nada más nacer, por miedo a Pelias, rey de la ciudad de Yolco (al parecer temía que en un futuro este niño le arrebatase el poder). Lo único seguro es que desde su nacimiento Jasón fue encomendado a Quirón. Pasó su infancia en su cueva siendo educado por el centauro y criado por la esposa, la madre y las hijas de Quirón. No parece que destacase en nada especial dentro de las amplias materias que impartía el centauro. A los veinte años abandonó la cueva y se dirigió a Yolco a reclamar el trono de su padre. Jasón portaba dos lanzas y sobre la túnica llevaba una piel de pantera. Se había convertido en un hombre rudo de las montañas. El poeta Píndaro hace que se presente así ante Pelias:

Afirmo que traigo conmigo la enseñanza de Quirón,
pues vengo de su cueva, de junto a Cariclo y Fílira,
donde las castas hijas del centauro me criaron.
Vuelvo a casa al cumplir los veinte años
sin decir o hacer nada vergonzoso
para reclamar el antiguo poder de mi padre⁸.

Pelias le pide entonces que le traiga el vellocino de oro que el rey de la Cólquide poseía y que estaba consagrado a Ares en un bosque vigilado por un dragón. Quirón no abandona a su discípulo en ese trance. Compone el calendario de la expedición y hace la convocatoria de la misma indicándole los héroes que pueden acompañarle en tan peligrosa empresa (siete de ellos eran antiguos alumnos suyos). Ja-